

tigación en sí mismo, ateniéndose a sus vertientes institucionales y cuantitativas y naturalmente a las conexiones de carácter político, económico y social. En pocas palabras, una fuente documental imprescindible para el conocimiento de la Historia de Castilla en la Baja Edad Media.

J. E. Ruiz Doménec

Il Dio Incatenato (Honchō Shinsen Den, di Ōe no Masafusa). Storie di Santi e Immortali taoisti nel Giappone dell' epoca Heian (794-1185), di Silvio Calzolari. Prefazioni di Fosco Maraini e di Franco Cardini, Sansoni Editore, Firenze 1984.

Para proyectar en esto que llamamos Occidente la fecha del nacimiento de un antiguo escritor japonés, Ōe no Masafusa, hay que remontarse a la época en que Roberto Guiscardo, duque normando, conquistó Calabria y Apulia. Por suerte, la fecha de la muerte de dicho personaje japonés es más fácil de recordar: el año 1111.

El profesor Silvio Calzolari, de la Universidad de Florencia, nos ofrece una traducción directa de una curiosa obra de Masafusa titulada *Honchō Shinsen Den* (Tradiciones de Magos-ascetas de este país), gracias a la cual se nos hace posible no sólo aproximarnos a la punta opuesta de Eurasia, sino retroceder en el tiempo casi 900 años para saborear desde ahí leyendas, tradiciones, fantasías todavía anteriores.

En Italia no son abundantes las obras que presenten al vivo la literatura japonesa de épocas remotas. Y mucho menos las que, como en ésta, en medio de trazos más propios de cuentos de ogros y hadas, se trasluce un aspecto de indudable interés para el editor y para los lectores occidentales.

No sabríamos catalogar el contenido de estos 37 capítulos del librito de Masafusa. Al leer despacio esta coleccioncita de narraciones he recordado el *Libro de los Enxiemplos* (escrito por el Infante don Juan Manuel de Castilla), llamado también *El Conde Lucanor* y *El Libro de Patronio*, de apólogos orientales árabes, persas e indios, conocido en Europa con anterioridad a *Las mil y una noches* y al *Decamerón*. Masafusa también escribe apólogos, pero su finalidad queda tan difuminada que no se sabe si plasma en el papel sus añoranzas utópicas por una vida eremítica libre de los cuidados de la corte, o

pretende, como don Juan Manuel, transmitir a sus pupilos unas antiguas narraciones, muchas de ellas abreviadas apostá, a las que en lugar de la moraleja tradicional añade una aspiración propia, a veces en forma interrogativa, de discreta intención didascálica, more nippónico.

Algunos de los 37 capítulos se podrían llamar más bien fragmentos, pinceladas, monocromas o de colores apenas perceptibles. En la composición de muchas de las escenas se ven rasgos fantásticos que dan a la sencilla narración del apólogo el interés que otros estilos literarios obtienen por medio de expresiones poéticas. Y a pesar de los detalles legendarios, en casi todas las páginas se pueden constatar, como lo hace Calzolari, numerosos detalles históricos.

El trabajo de Silvio Calzolari, aunque se haya ayudado de versiones más legibles y haya tenido el cálido aliciente de amigos y profesores nativos, no le ha debido ser nada fácil por tratarse de un texto original escrito en estilo *kanbun*, un tesoro para los especialistas, pero del cual escribe acertadamente Fosco Maraini en el prólogo del libro: «Mezzo d'espressione dunque paludato, accademico, lontano dalle vive sorgenti popolari. Alle donne nessuno richiedeva queste dotte acrobazie; esse potevano buttar giù i loro pensieri e notare le proprie emozioni in volgare, nel bel giapponese d'allora, una lingua ricca d'espressioni sonore e musicali, d'un polisillabismo vocalico quasi hawaiano, libero ancora dai troppi termini colti, dai composti sinizzanti che caratterizzano e appestano la favella di tempi più tardi, nonché quella d'oggi».

La traducción italiana es plenamente inteligible, aunque ayudada por numerosas glosas que a veces podrían encontrar mejor lugar entre las notas al pie del texto. Un lector poco conocedor del ambiente japonés puede encontrar en ellas un buen complemento.

Por otra parte, las notas abundantes son una cantera de conocimientos geográficos y culturales de los que un lector con prisas podrá prescindir, mientras que quien quiera profundizar en diversos temas podrá utilizarlas con provecho. Entre las notas hubiéramos deseado una explicación de lo que es el taoísmo y su conexión o discrepancia, nunca identificación —como parece desprenderse del libro— con el budismo según las sectas.

Interesantes y bien cortadas las páginas del prólogo del profesor Maraini, necesarias para ambientar las 37 historias del texto. Pero sobre todo atinadas las líneas de Francisco Cardini, sugeridas por unos interrogantes que cualquier occidental acostumbrado a la terminología cristiana sentirá en la punta de la lengua.

Hubiéramos visto con gusto una justificación del título *Il Dio Incatenato* para un libro cuyo contenido dista mucho de pensar en un

Dios con mayúscula, y diríamos que aun con minúscula. Ni el budismo ni el taoísmo, al paso de los siglos, han tratado de pasar la divisoria de lo trascendente. Dios les es más desconocido que el *Ignotus Deus* a los atenienses del tiempo de Pablo de Tarso.

El uso de la palabra *Santos*, discutido por Cardini, no parece tampoco demasiado acertado, a pesar de que hay autores budistas japoneses que han tomado prestado el término inglés *Saints* para personalidades de su veneración. El hecho es que hasta que llegó el contacto con el cristianismo de la segunda época, finalizada la persecución de lo católico en Japón en 1873, ninguno de los vocablos japoneses utilizables, *hijiri*, *sennin*, *shinsen*, *shōnin*, *seijin*, etc., ha podido indicar un contenido conceptual que se acerque al sentido bíblico de la palabra santo, consagrado. Y es que no se puede prescindir de la mentalidad japonesa, cuyos criterios al declarar santo, o más bien al deificar (con minúscula) a una persona, distan tanto de los criterios cristianos como la nube dista del barro; por decirlo con una expresión oriental, «undeí no sa».

Baste indicar que Ōe no Masafusa apenas roza los vicios de sus personajes, o los presenta de una forma tan benévola («Amava soltanto giovani donne, e si cibava unicamente di pesce», entre otras) que naturalmente fuerzan a la canonización popular.

Ōe no Masafusa no dice una palabra en cosas más importantes; véase la acusación de sodomía que la sociedad japonesa cargó sobre un buen número de bonzos, de los que el primero fue precisamente el que se lleva más páginas laudatorias en este libro, Kūkai, luego llamado Kōbō Daishi. Ni tampoco pretendemos que se indique nada. Sólo queremos hacer constar que la palabra *eremita*, o a lo sumo *asceta* (para algunos casos con mezcla de hedonismo), puede cualificar suficientemente a los *shinsen* o *sennin* sin necesidad de concederles el título de *santo*.

La presentación del libro, externa e interna, es atractiva, con abundantes fotografías y viñetas en blanco y negro, además de 24 magníficas láminas de Fosco Maraini. Es de alabar el esfuerzo por un *layout* espacioso, dinámico, aunque no perfectamente logrado. Nos parece que el acercar al margen izquierdo los comienzos de cada párrafo (sin dejar entre ellos al menos una línea en blanco) dificulta la lectura, especialmente al que va a buscar de nuevo unas líneas ya leídas.

La transcripción de palabras japonesas está bien lograda en su conjunto. A pesar de ello notamos bastante irregularidad en el uso del [—] sobre las vocales largas, tan importante para una correcta lectura de la lengua japonesa. Una corrección de pruebas más cuidadosa hubiera evitado errores como *Higashiyama*, *Ninnaj*, *Enryakuji*, *Yayakushi*

Nyorai, etc. Hubiera evitado también que leamos *probabiuità* (10), *origianariamente* (25), *vituosì* (26), *sillobario* (89), etc.

Peccata minuta en el conjunto de una obra bien trabajada y de gran calidad que puede servir de aliciente al profesor Silvio Calzolari para ofrecernos en adelante otros trabajos semejantes, tanto de la época Heian como de las posteriores, aunque no estén restringidas a la literatura taoísta. Con su *Il Dio Incatenato* el autor ha dado pruebas de su competencia en el terreno de la cultura japonesa.

Juan G. Ruiz de Medina
Istituto Storico de S. J. Roma

M. C. POUCHELLE, *Corps et chirurgie a l'apogée du Moyen Age*, Flammarion, Paris 1983 (Nouvelle Bibliothèque scientifique), 386 pp.

Henri de Mondeville, cirujano real en tiempos de Felipe el Hermoso de Francia, escribe su *Chirurgie* entre 1306-1320. A través de este importante y sólido testimonio, la autora de este libro canaliza y materializa sus hipótesis iniciales sobre la realidad del *cuerpo* en la Edad Media con el fin —nos dice Pouchelle— de «conducir a cada lector y a mí misma a las profundidades del presente». Las vivencias, las representaciones del cuerpo en la Edad Media, tal como se presentan en este libro, son algo muy cercano a las nuestras: por eso siguen vivas en nuestra realidad y por eso podemos participar intensamente de ellas.

Henri de Mondeville escribe en un momento en que se comienza a experimentar el desarrollo de la medicina universitaria, en que medicina y cirugía se convierten en vehículos válidos y conectan con el saber empírico y positivo; es, pues, un hombre «moderno», bien situado, convencido de que «algún día la ciencia podrá rendir cuentas por sí misma y totalmente de la creación y sus prodigios». Un médico empeñado en revelar secretos, en transmitir a sus alumnos, independientemente de su carácter letrado o iletrado, todos sus descubrimientos; por eso concibe su obra como una *Summa*, y ofrece por vez primera en Francia, a sus alumnos y discípulos —y a partir de ellos a la ciencia en general—, todo un conjunto del saber médico-quirúrgico en una misma obra: una obra que refleja asimismo un